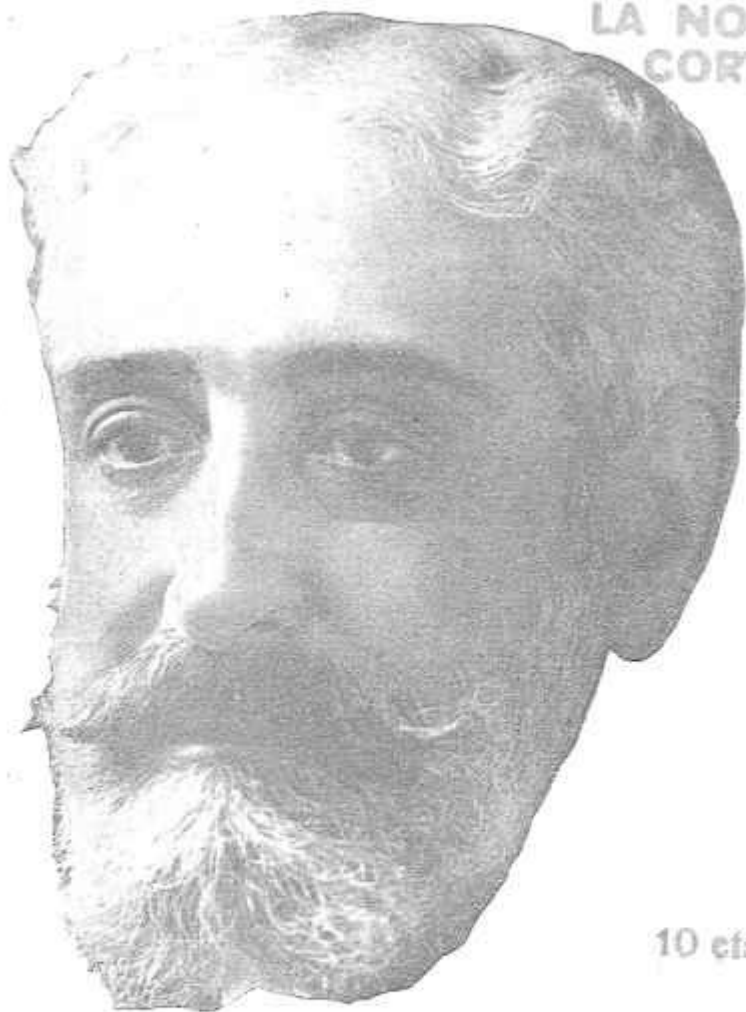


326

LA NOVELA
CORTA



10 cts.

LA PERLA NEGRA

CAVESTANY

N.º 326
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUILA.

Madrid 11
Mar. 1922

ADMINISTRACION: MADRID. — CALVO ASENSIO. 3. — APARTADO 8 008. — TELÉFONO J-624



FLIRT

REVISTA FRIVOLA

Esta Revista viene a representar en España lo que «La Vie Parisienne» en Francia: la Revista galante escrita por verdaderos escritores. Júzguese por los que colaboran en ella:

Manuel Linares Rivas. — Alberto Insúa. — Emilio Carre-
re. — Rafael López de Haro. — Joaquín Belda. — Federico
García Sanchiz. — López Barbadillo. — Díez de Tejada. —
Vargas Vila. — Antón del Olmet. — Cansinos Assens. — Her-
nández Catá. — Pedro de Répide. — Gómez de la Serna. —
San José, etc. — Tovar. — Robledano. — Tito. — Ochoa, etc.

FLIRT se propone no traspasar nunca esos
límites de la literatura galante que marcaron
los clásicos.

SE PUBLICA LOS JUEVES

30 cts.

LA PERLA NEGRA

NOVELA INEDITA

JUAN A. CAVESTANY

I

Las tiendas de flores, con ser acaso las que más abundan en París, debían haber agotado aquella mañana sus existencias. Las violetas y los claveles, las gardenias y las rosas parecían haber huido de los escaparates, donde con tanta profusión se ofrecen a los ojos del transeunte. Sin duda no quedaba en toda la Capital una sola flor que no hubiese ido a juntarse con sus compañeras, llegadas de todos los jardines de Europa, en la famosa iglesia de la Magdalena, donde cubrían bóvedas y muros, rebosaban en los altares y alfombraban el suelo.

Era un cuadro verdaderamente deslumbrador el que presentaba el hermoso templo napoleónico, radiante de luz, saturado de fragancia y ocupado por aquella concurrencia brillante, en la que galas, adornos, joyas y bellezas femeniles se habían dado cita.

Y no era para menos, que al fin y al cabo no es espectáculo que se presencia todos los días la boda de un novio joven y gallardo, de sangre real, hermano de un emperador como el príncipe Gustavo de Suevia, con una novia de prosapia no tan ilustre sin duda, pero a la que se tenía por la mujer más rica del Mundo, como miss Torres.

Hacía muchos meses que en los llamados círculos sociales, no sólo de Francia, sino de todos partes, no se hablaba de otro asunto que de esta boda, que había llegado a ser un acontecimiento europeo, por la calidad de los contrayentes y, sobre todo, por las fastuosidades, verdaderas o supuestas, que de ella se contaban. Los periódicos publicaban diariamente largos relatos, hablando, unas veces, de la oposición de la Corte de Suevia hacia el matrimonio del hermano de su rey con una sudamericana de origen plebeyo; otras de las riquezas inverosímiles y de los dispendios, no menos fabulosos, de ésta, y todo ello reunido había llegado a excitar de tal suerte la curiosidad del vulgo, siempre dispuesto a creer en lo extraordinario, que las noticias de la boda eran buscadas y leídas en la Prensa con la misma ansiedad que si se tratara de un suceso de universal interés. Periódico que no tuviese abierta en sus columnas una sección especial, consagrada al noviazgo, hubiera perdido en el acto el favor de sus lectores. Por fortuna, ninguno cerraba

Las novelas «inéaltas» que publica esta Revista son pagadas como INÉDITAS, y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

sus puertas a esta información, fácil por sí misma, y más fácil aun por dejar paso franco a la fantasía de los informadores. ¿Quién iba a indagar si eran o no eran ciertas las cosas que referían, ni en definitiva a quién importaba que lo fuesen o no? Lo importante era tener cada día una noticia nueva, aunque todas ellas cortadas por el mismo patrón, y relacionadas con lo mismo, es decir, con el dinero de la prometida, que era lo que a la gente le interesaba. ¿Había nada tan interesante como saber que la afortunada pareja compraba cada día un nuevo palacio, hoy en París, mañana en Niza, al otro en el Cairo; que el "trousseau" de la desposada superaba en magnificencia a cuanto se había visto hasta entonces; que sus automóviles se contaban por cientos; que su "yath" era el más lujoso que surcaba el mar; que con lo que valían sus joyas hubiera habido para comprar un reino; que sus caridades, en fin, llegaban a tal punto, que el día de la boda había anunciado que repartiría varios millones entre los pobres? Todo esto y más se decía, y a nadie le extrañaba que se dijera, porque según el cálculo de un periódico de los más serios, la fortuna de miss Torres era tal, que su renta podía calcularse en cerca de diez mil francos por cada hora que marcaba el reloj... A tanto no había llegado nadie. Por eso nadie se explicaba que el emperador de Suevia se opusiese al matrimonio de su hermano, en nombre de la desigualdad social de los prometidos. ¿Acaso la propietaria de tales tesoros podía considerarse inferior a ningún príncipe? En estos tiempos, ¿hay monarca que pueda competir en poder efectivo con la poseedora de una renta de más de doscientos mil francos por día, como miss Torres?...

Y ya es tiempo de que se diga quién era ésta, y se dé la explicación del contrastado de que se antepusiera el calificativo inglés de "miss" a un apellido tan genuinamente español como el suyo. Miss Torres empezaron a llamarla en Inglaterra, donde habitualmente residía, en su castillo de Escocia, y miss Torres siguieron llamándola en todas partes, aunque Genoveva—que este era su nombre de pila—había nacido en la república del Plata, y no ciertamente en noble cuna. Su padre, Ruperto Torres, fué un emigrante, oriundo de Galicia, llegado a la Argentina, medio siglo antes, en la bodega de un barco velero, que tardó tres meses en el viaje. Decidióse a marcharse a América, huyendo de la miseria de su aldea natal, en busca de la riqueza, y la encontró sin muchas dificultades. Señalado por la Fortuna como uno de sus predilectos, duró poco la primera parte de su lucha, siempre la más dura para el que llega a un país desconocido en busca de trabajo. Al año apenas de llegar ya poseía un pequeño campo, que él mismo cultivaba con todo el vigor de unos brazos y de una voluntad, ambos de hierro. Su propiedad se había duplicado al año siguiente, y las exorbitancias de una de esas cosechas que sólo se dan en aquellas tierras vírgenes, le permitió duplicarla de nuevo al otro año. Al otro, las primeras cabezas de ganado aparecieron detrás de las siembras, repletas de espigas. Al otro, graneros y rebaños parecían disputarse sobre cuál de ellos debía proporcionar mayor rendimiento a su propietario... ¿A qué seguir? La Fortuna le acompañaba en todas sus empresas, empeñada en favorecerle con la tenacidad que pone la suerte en favorecer a sus elegidos, y a los tres lustros de su llegada a la Argentina, el tío Ruperto—ascendido a la categoría de "el señor Torres"—era ya uno de los más ricos hacendados de una de las más ricas provincias de la República.

Entonces se casó, ya en edad madura. De su matrimonio nació Genoveva, que costó la vida a su madre al nacer, siendo esta la única desgracia que nubló temporalmente el sol de su ventura. Pero el Hada de la Prosperidad, que velaba por él, no podía tardar en darle la compensación de este contratiempo, y se la dió completa, no sólo con la felicidad que trajo a su hogar aquella hija, sino también con el auge de sus negocios y especulaciones. Fué aquel el momento en que la suerte se pronunció en su favor hasta desbordarse. Todo le salía como calculaba y aun superando a sus cálculos. Era un río de oro el que entraba diariamente en sus arcas. Nuevas "leguas de campo" compradas; nuevos solares adquiridos en la ca-

pital; nuevas casas edificadas; nuevos valores vendidos a precios inesperados... La riqueza del antiguo emigrante crecía y crecía sin cesar, hasta llegar al término, casi fabuloso, del inventario que, a título de curiosidad, publicaron los periódicos de Buenos Aires, al ocurrir su muerte. Llenaba columnas enteras de letra menuda la simple enumeración de sus fincas campestres en las regiones más feraces, y de sus casas, que formaban cientos de manzanas, en los sitios más céntricos de la gran urbe... ¡Y hay que tener en cuenta que cada uno de aquellos epígrafes que se contaban por miles, representaba por sí solo muchos millones!...

Pero como el dinero, con todo su poder, no alcanza a detener a la muerte, Ruperto murió, según queda dicho, dejando a Genoveva sola en el Mundo y poseedora de una de las mayores fortunas que existían en él.

Tenía Genoveva poco más de veinte años cuando perdió a su padre, y aunque había vivido siempre lejos de toda sociedad, en las soledades de su "estancia" de Santa Fe, sin más paréntesis que alguna que otra rápida aparición en la capital porteña y un breve viaje a Europa, cuando rayaba apenas en la pubertad, no por eso dejaba de estar admirablemente instruida, y de poseer todo el caudal de madurez y experiencia compatible con su juventud. Torres había atendido a su educación con todo el esmero de quien hacía de ello el objeto de su vida y toda la esplendidez de quien no necesita reparar en los medios. Maestros e institutrices, llevados de Francia, de España y de Inglaterra, habían sido huéspedes constantes de la "estancia" mientras duraron la niñez y la adolescencia de Genoveva, para quien el estudio no resultó nunca carga pesada, sino, por el contrario, solaz agradable. Llegó a hablar correctamente tres o cuatro idiomas; su afición a la música la hizo dominar el piano, como una profesora; la Historia y la Literatura le eran familiares; en una palabra, su educación era perfecta.

Y no eran sus prendas morales inferiores a su educación. Tenía un carácter extraño, casi contradictorio. Era áspera y altiva, a la vez que dulce y humilde, si no hay antagonismo entre unas y otras cualidades. Había heredado el modo de ser del autor de sus días, modificado por la diferencia de sexo y por el distinto ambiente en que uno y otra se habían criado. Ruperto Torres no había sido nunca más que un luchador infatigable; luchador por temperamento. Su férrea voluntad le había llevado a vencer, sin que la victoria le proporcionase otro placer que el de la victoria misma. Ni tenía vanidades ni amaba el lujo. Trabajaba por la satisfacción de trabajar, que no concebía la vida sin trabajo. Veía aumentarse de aquel modo casi inverosímil sus riquezas, sin que se le ocurriese por un momento la idea de abandonar su ruda labor y dedicarse a disfrutar de lo ganado, exento de preocupaciones. ¿Para qué? Luchar y sentirse vencedor: esa era su única necesidad. El triunfo por el triunfo, no por las ventajas y dulzuras que pudiera proporcionarle. Estas no tenían para él ningún atractivo.

Algo parecido constituía el fondo del carácter de Genoveva. Aun dándose cuenta exacta de la envidiable posición que estaba llamada a ocupar en el Mundo, era verdaderamente modesta. Prefería la soledad de su casa campestre, al bullicio y las distracciones de la ciudad. Allí, con sus libros y su piano, sin más compañía que la de su padre, se consideraba feliz. Gustaba de juntarse con los humildes, y derramaba el dinero a manos llenas entre jornaleros y peones, a quienes trataba de igual a igual; pero no soportaba la contradicción; no sufría que tratasen de imponerse a su voluntad. Plegábase al débil, pero sin consentir que nadie intentase ser más fuerte que ella. La sangre del viejo luchador que llevaba en sus venas, hacía amar cuanto era lucha. Sentía la necesidad de vencer, no por la vanidad de la victoria, sino por exigencia de su temperamento; porque era hija de un "vencedor" y necesitaba ser "vencedora" también...

La entereza del carácter de Genoveva tuvo una de sus pruebas más elocuentes con motivo de la muerte de su padre, acaecida de un modo repentino. Cuando todo el mundo pensaba que la huérfana iba a sentirse abrumada y sin saber qué hacerse, al encontrarse de pronto dueña de aquella riqueza fabulosa, se supo con

sorpreza que un buen día—después de varias semanas consagradas al culto apartado y silencioso de su dolor—Genoveva había citado a una reunión magna a todos los colonos, representantes, arrendatarios y administradores de su padre, y en esa reunión, ella misma, asistida por un letrado inteligente, había puesto en orden sus asuntos y montado la administración de sus bienes, como podía haberlo hecho un gran financiero, después de lo cual, y sin dar a nadie cuenta de sus planes, se había embarcado para el Mundo Viejo, en compañía de su antigua “nurse” Teodora, elevada al rango de dama de compañía y provista de tantas cartas de crédito “ilimitado” cuantos eran los Bancos más importantes de casi todas las capitales europeas.

Eso ocurría dos años antes de celebrarse en la iglesia de la Magdalena, de París, el matrimonio con cuya descripción comienza esta historia. Recibida la bendición, los novios, precedidos por el gigantesco suizo, salieron del templo, entre los murmullos de admiración y simpatía de la selecta concurrencia y subieron al automóvil en que, después de detenerse unos momentos en el hotel, para cambiar de trajes, debían seguir hasta la “Costa Azul”, donde les esperaba el soberbio “yath”, encargado de meter las dulzuras de su luna de miel por las encantadas orillas del Mar Latino...

II

Dejemos volar, camino de Niza, al “Rolls” que conducía, al lado de su esposo, a la hija del emigrante Ruperto Torres, convertida en Alteza Serenísima, y demos mientras tanto alguna explicación sobre los antecedentes de su boda.

Genoveva tuvo desde el momento en que vino a establecerse a Europa, después de la muerte de su padre, una notoriedad extraordinaria, que no sólo no buscó nunca, sino que, por el contrario, trató siempre de evitar. Enemiga de la ostentación, su mayor gusto era pasar inadvertida, pero este es el único lujo que no está al alcance de los potentados, a quienes su misma riqueza hace objeto de la curiosidad general. ¿Cómo podía pasar inadvertida una mujer a la que se tenía por la más rica del Mundo? Bastó con el cablegrama que anunciaba su embarque para poner sobre aviso a los revisteros, que acudieron en legión a recibir el vapor que conducía a la viajera. Al día siguiente, el telégrafo comunicaba a los periódicos de todos los países cómo era la recién llegada, el color de su cabello y de sus ojos, la forma de sus vestidos, el lazo de su sombrero, la primera frase que había pronunciado al saltar a tierra, el número del auto que la llevó al hotel, la propina que había dado al conductor, la lista de la comida que le sirvieron, y otras mil necedades por el estilo, inspiradas en la convicción, tan estúpida como exacta, de que los actos o las cosas más vulgares y corrientes de la vida deben ser objetos de la atención de todos cuando se trata de quien llega a las cimas de la celebridad.

Y a esas cimas había llegado Genoveva. Eran vanos sus esfuerzos para sus traerse a las pesquisas de revisteros e informadores, que la perseguían con saña implacable. Ellos encontraban siempre medios de descubrir su paradero y de seguir sus pasos.

Los primeros seis meses que pasó en el Viejo Mundo empleólos en recorrerlo, en busca de un lugar que le agradara, para instalarse en él, aunque fuera provisionalmente. Ni con aquel constante ir y venir consiguió borrar un solo momento sus huellas. Cuando llegaba a una población, sin anunciar a nadie la llegada, y hasta tratando de ocultar su nombre, se veía sorprendida por el primer periódico que caía en sus manos, donde leía siempre el mismo epígrafe, escrito con letra de a cuarta: "Ha llegado la mujer más rica del Mundo".

Al fin encontró el refugio que buscaba en un admirable castillo, situado en Escocia, que vendía un lord arruinado. Instalóse en él, creyendo haber logrado lo que con tanto empeño perseguía: verse libre de curiosidades y ser olvidada por la gente; pero también resultó vana su esperanza, porque, aunque la cerca de su parque y el recogimiento de su vida la librasen de miradas indiscretas, no por eso cayó sobre su nombre el olvido que anhelaba. Por el contrario, su alejamiento hizo que se recrudeciera aquella especie de campaña de publicidad entablada contra ella. ¿Por qué "miss" Torres—ya empezaban a llamarla miss—se ocultaba a la vista de todos y se encerraba en aquel viejo palacio? A su edad, eso no podía obedecer más que a una causa: al amor. Indudablemente iba a casarse. ¿Quién era el prometido? Y entonces empezaron las profecías y los augurios sobre quién podría ser el dichoso mortal llamado a compartir la existencia de la opulentísima sudamericana. Cada periódico tenía su candidato, y llegaban hasta a enojarse unos con otros cuando no coincidían en el nombre del favorecido, como si la mano de una mujer, por el pecado de haber nacido archimillonaria, fuese cosa de que se dispusiese libremente en las redacciones de los diarios.

Mayor enojo aún que el de ser perseguida a todas horas mientras viajaba, produjo en Genoveva, después de su instalación en Escocia, el ver traído y llevado su nombre, a propósito de la supuesta boda. No podían calcular los propaladores de la falsa noticia el martirio que le daban. Precisamente ese era su tormento. Ella comprendía que el problema de su vida no podía tener otra solución que el matrimonio, y que no habría de faltarle donde escoger el día en que se decidiera a hacerlo, pero cabalmente por eso mismo le resultaba insoluble el problema. Estaba cada vez más convencida de que no sería nunca amada de verdad; de que nadie que solicitara su mano aspiraría a otro fin que a hacerse dueño de su patrimonio. Esta idea la atormentaba, hasta el punto de hacerla verdaderamente desgraciada. Cuando pensaba en eso llegaba a maldecir aquella riqueza, que en su concepto la hacía inferior a las demás mujeres. Todas ellas, aun las menos afortunadas, podían soñar con la ventura de ser queridas: ella no; ella estaba condenada a no ser nunca más que un objeto de explotación y de codicia...

Desde antes de morir su padre había empezado a ser víctima de esta obsesión. Aun no había cumplido los quince años cuando recibió la primera solicitud a su mano o... a su dote; y puede afirmarse que, a partir de aquel día, no había transcurrido ningún otro sin que se presentase un nuevo candidato. Esta especie de concurso, más que halagüeño, le resultaba humillante para su amor propio y hasta para su dignidad de mujer, porque ninguno de los pretendientes se tomaba el trabajo de velar siquiera su avaricia: todos iban al "negocio". El que más sólo anteponía a la declaración el prólogo de unas cuantas miradas o media docena de frases galantes; la mayor parte se declaraban por escrito, y en sus largas epístolas sólo por fórmula encajaban trabajosamente la palabra "amor" entre cifras y números. Sin duda, para ellos el sentimiento amoroso no debía excluir el sentido práctico, propio de los tiempos que corren, entendiéndolo de buena fe que el mejor modo de conmover el corazón de una millonaria era hablarle de los negocios que podían hacerse con sus millones. Y siempre el que le escribía era el único que poseía el secreto de triplicar o cuadruplicar en poco tiempo sus riquezas.

Acaso la repugnancia que este asedio le producía fuese una de las causas que decidiesen a Genoveva a establecerse en Europa, cuando perdió a su padre. Abrogaba la esperanza de verse libre de esa persecución en el Nuevo Mundo. ¡Qué

error! Era demasiado rica para no ser en todas partes imán de ambiciosos. En cuantos países recorrió no encontró más que pretendientes, que sentían por ella un amor fulminante, rabioso, tan vivo, que no podían esperar, por pudor siquiera, a una segunda entrevista para declarárselo; tenían que decirselo en la primera, en el momento de serle presentados, o de presentarse ellos mismos, porque muchos, temerosos de llegar tarde, no aguardaban ni a encontrar quien hiciese la presentación. Esto por lo que afectaba a las declaraciones "orales", que respecto a las escritas hubiera necesitado montar una oficina sólo para tomar nota de las cartas que llegaban a sus manos. El "epistolario" europeo competía con el americano en número y calidad, aunque los pretendientes del Viejo Mundo no confundiesen, como los del Nuevo, por lo menos de un modo ostensible, a Mercurio con Cupido...

Genoveva se convencía más cada vez de su desventura; cada vez se arraigaba más en su alma la certidumbre de que sólo a ella le estaba vedada en el Mundo la felicidad de ser amada. Había que resignarse a la soledad y a la tristeza. Ella no podría casarse; no se casaría nunca...

Precisamente el día en que con mayor tenacidad le atormentaba esta idea, fué el día en que se decidió su suerte, el día en que conoció al príncipe de Suevia.

Llevaba más de un año de residencia en Escocia. A pesar del aislamiento en que vivía, su nombre era popular y querido en la región, donde hacía el bien y derramaba el oro a manos llenas. Por esta razón, y acaso también por la de su misma resistencia a entablar relaciones con nadie—que nada se desea tanto como aquello que se nos niega—todos los propietarios de las fincas y castillos próximos la invitaban siempre a sus cacerías y a sus fiestas. Jamás quiso aceptar tales invitaciones, pero aquel día vaciló su resolución. Se trataba del convite de un duque, tan noble como rico, de una especie de señor feudal del país, emparentado con la familia real inglesa, que además la instaba cariñosamente a que se dejase ver y admirar de sus convecinos. Cedió al ruego y se presentó en la mansión señorial, donde su presencia obtuvo la más lisonjera acogida. Por curiosidad primero y después por simpatía, todos los invitados del duque se disputaban el placer de conversar con aquella joven, conocida en el Mundo entero, modesta y hermosa, un poco "reservada" tal vez, pero inteligente y discreta, que siendo el hada de la comarca, a la que había llenado de escuelas, hospitales y asilos, esquivaba toda manifestación de gratitud y de cariño, obstinándose en vivir aislada en su posesión, sin disfrutar de los placeres que podría brindarle su extraordinaria riqueza.

Gustavo de Suevia era uno de los invitados del viejo lord, y no ciertamente el que se manifestó menos cautivado por el misterioso atractivo de Genoveva. Tampoco a ella pareció serle indiferente el gallardo príncipe. Acaso esto se debía más que otra cosa a que él no se apresurase a hacerle el amor. Siendo varios los jóvenes presentes en la aristocrática cacería, huelga decir que todos, antes o después, le habían disparado su declaración amorosa. ¿Podía ella estar donde hubiese un soltero que no se creyera con derecho a sus millones? Sólo Gustavo, por excepción, había estado discreto, sin tocar directa ni indirectamente ese punto, a pesar de lo claro que revelaba su insistencia en acercarse a ella, el placer que le causaba su compañía. ¿Habría un hombre que no fuese como los demás; un hombre a quien no inspirase codicia su fortuna; un hombre capaz de estimarla por sí misma?... Fuese como fuese, miss Torres sintió al conocer al príncipe la primera impresión consoladora que su alma había sentido hasta entonces. ¿Sería aquel hombre el que ella había esperado durante tanto tiempo, y al que ya desesperaba de encontrar? Su imaginación, sin que la voluntad bastase a contenerla, daba ya por resuelto el gran problema de la vida de la mujer, con tanta mayor alegría de su parte cuanto mayor había sido hasta aquel instante su desesperanza de resolverlo satisfactoriamente, y hagámosle la justicia de reconocer que la alta jerarquía social del que bien podría acabar por ser el elegido de su alma no influía para nada en la elección. Ella no tenía ese género de vanidades. La misma inclinación hubiera sentido

hacia Gustavo si en vez de ser príncipe de sangre real, hubiera sido un cualquiera. ¿Necesitaba, acaso, de la realeza para ser estimada? Aunque modesta y enemiga de exterioridades sabía que su poder era mayor que el del soberano más poderoso, porque residía en su riqueza sin semejante. Lo que la atraía en el príncipe, lo que la hacía mirarle sin la aversión con que miraba a los demás hombres, no era su abolengo, sino la delicadeza de su proceder: era que inspirándole simpatía, quizá amor... (eso no necesitaba ella que él se lo dijera: lo leía en sus ojos) en vez de declarárselo brutalmente como todos, procuraba tener oculto su sentimiento, limítándose a dejárselo adivinar de un modo discreto y respetuoso.

Así transcurrieron para Genoveva los ocho días que posó en el castillo del duque, en los que dejó entablada con Gustavo una amistad cordial y afectuosa, pero nada más. Tal vez lo mismo que le sedujo en él cuando se encontraron, fuese el único motivo de pesar que se llevara al separarse de él: su silencio; aquel obstinado silencio que, si en un principio pudo tener la delicadeza por origen, prolongado hasta ese punto sólo podía tener la indiferencia por causa. ¿Se habría equivocado? ¿Las asiduidades del príncipe, mientras vivieron juntos, obedecerían a un sentimiento puramente amistoso, sin que en ello se mezclase para nada el amor? Ya empezaba a considerar lo ocurrido como un nuevo desengaño, y el más doloroso por cierto, cuando, transcurrida una semana de su vuelta del castillo del duque, se presentó éste a visitarla, y la sacó del error.

Su noble vecino venía como enviado oficial del príncipe Gustavo de Suevia, a solicitar en toda regla su mano, si después de tratarse nuevamente durante una temporada—para lo cual él, el duque, ofrecía su casa de Londres—ella se decidía a concederle esa ventura.

La alegría de Genoveva ante la petición no pudo ser mayor, pero no hubiese sido mujer si hubiese contestado con el “sí” rotundo que el corazón le pedía. Las mujeres se niegan, por costumbre, a lo que desean, sobre todo la primera vez que se las solicita, y siendo aquella la primera solicitud de Gustavo, no hay que decir que la respuesta de miss Torres fué negativa. “Ella no pensaba en casarse...” “Aquella inesperada pretensión le sorprendía...” “Aunque le honrase mucho, no podía aceptarla”, etc., etc.

Volvióse el duque a llevar la respuesta a su protegido, y quedóse Genoveva desconcertada de lo que había hecho, que ese es otro misterio de la psicología femenina: negarse primero y arrepentirse después; pero, por fortuna, presentósele pronto la ocasión de poder volver sobre su acuerdo, porque a poco de la visita, recibió una tarjeta del duque, despidiéndose para Londres, en la que le decía que “si cambiaba de modo de pensar ya sabía que su casa estaba a su disposición para entrevistarse con quien no se resignaba a su desvío”.

Esta vez ya no pudo resistir. “Saldré la semana que viene para Londres”, contestó al viejo lord. Y en efecto, a los pocos días, Genoveva abandonaba su retiro de Escocia y entraba en la capital de Inglaterra, donde Gustavo la esperaba y donde quedó en breve concertada la boda, que había de celebrarse en París—que como población republicana, y por tanto sin corte, no ofrecería dificultades ni rozamientos para el matrimonio morganático—tan pronto como se ultimaran los preparativos.

III

¿Era un amor verdadero el que Gustavo sentía por Genoveva, o era solamente el deseo de compartir su fabulosa riqueza lo que le había hecho solicitar su mano?

Diffícil es contestar de un modo cierto a esta pregunta, a la que tal vez el mismo interesado no hubiera podido dar una respuesta categórica; porque tan falso sería decir que en su pasión no entraba para nada el interés, como sostener que era éste únicamente el que le llevaba a ofrecerle el nombre de esposo. De no ser miss Torres la que era, seguramente el príncipe no hubiera pensado en semejante matrimonio. Sin el cebo de aquella fortuna colosal que había de ponerle por encima de sus deudos, reyes y emperadores, claro es que no hubiera caído nunca en esa tentación, pero sería injusto afirmar que era el de la codicia el único sentimiento que Genoveva le inspiraba.

Gustavo era demasiado orgulloso para venderse descaradamente. La dignidad de la realeza y su propia dignidad se lo habrían impedido. Pero no se trataba de eso. ¿Acaso miss Torres no era por todos conceptos digna de inspirar amor? ¿Podía extrañarle a nadie que se hubiera enamorado realmente de ella? La mejor prueba de que esto podía ocurrir era que había ocurrido; porque Genoveva no le era indiferente ni mucho menos. Sin llegar a los extremos de una pasión volcánica, sintió por ella verdadera simpatía desde el momento en que la conoció; simpatía que había ido en aumento sin cesar, hasta convertirse en interés profundo y en afecto sincero. Le atraían su sencillez, su inteligencia, su aversión al fausto y las ostentaciones; la indiferencia con que miraba su riqueza, que no le causaba la menor ufanía. Su mismo carácter, tan pronto dulce como áspero, que pasaba rápidamente del uno al otro extremo, aunque conservando siempre igual fondo de rectitud y de generosidad, ejercía sobre él una especie de fascinación involuntaria. Esto sin contar con que tampoco sus prendas físicas eran despreciables. Aquellos ojos negros, de extraordinario fulgor, velados por largas pestañas; aquella boca perfecta, de labios finísimos y dientes iguales y menudos; y en fin, aquel cuerpo arrogante de líneas atrevidas y armónicas, hacían de ella una mujer hermosa y deseable, aun para el hombre de gusto más depurado.

Mucho más honda que la causada en él por ella, fué la impresión producida por el príncipe en Genoveva. La sacudida de su corazón, al despertar al amor, fué tan profunda como violenta; y si Gustavo hubiese sabido conducirla por ese sendero, seguramente ella se hubiera entregado sin reservas a todas las exteriorizaciones de una pasión exenta de frenos e hipocresías. No fué así, por desgracia. Gustavo de Suevia supo ser para miss Torres desde el primer momento el más correcto de los amantes, pero un amante frío, sin arrebatos, sin nervios, sin aquellos arranques apasionados que ella, la meridional, la impulsiva, la hija del emigrante gallego, que llevaba en las venas sangre española, necesitaba. Este nuevo desengaño modificó los sentimientos que le inspiraba el príncipe; tal vez más que en su esencia, en el modo de exteriorizarse. La que hubiera podido ser una amante llena de pasión, tuvo que aceptar el papel de simple "prometida oficial", que se casa por conveniencia y no por amor. Despechada, aunque ocultando su despecho, dijo así a Gustavo, el día en que concertaron definitivamente su matrimonio:

—Hablemos con claridad. Nosotros no nos amamos, en el verdadero sentido de la palabra: nos estimamos, y nada más. Si en estas condiciones insiste usted en que nos casemos, no tengo inconveniente en acceder, pero dejando bien establecido que usted no tendrá nunca derecho a exigir de mí otra cosa que la estimación: en modo alguno un amor que no podría darle.

Acaso Genoveva esperaba que esta aparente muestra de sinceridad arrancase a Gustavo la "explosión" que aguardaba inútilmente desde el principio de sus relaciones, pero tuvo que renunciar también a esta esperanza, porque el príncipe limitóse a contestarle con su habitual galantería:

—Acepto la condición, porque estoy seguro de que usted misma la modificará.

—¿Y en qué funda usted semejante presunción?—interrogó ella, entre sonriente y severa.

—En que haré cuanto pueda por merecer su amor—contestó él.

Y desde aquel instante quedó convenida la fecha de la boda, cuyos fastuosos

preliminares, abultados por la fantasía reporteril, habían de absorber, durante varias semanas, la atención del Mundo.

Por cierto que entre los muchos caprichos y originalidades que se atribuían a la novia, figuraba uno, del que daban cuenta todos los periódicos, que demostraba hasta qué punto llegaban sus despilfarros.

Un joyero belga, uno de los muchos joyeros a quienes había comprado piedras y alhajas, al llevarle éstas, el día antes de la celebración del matrimonio, le presentó una hermosa perla negra, un ejemplar "único", verdaderamente admirable.

—Me quedo con esa perla—dijo miss Torres, al contemplarla.

—Imposible—contestó el joyero—. La traigo únicamente para enseñársela a la señora, pero está vendida a la casa Thompson de Nueva York.

—¿Cuánto paga por ella?

—Trescientos mil francos.

—Yo doy seiscientos mil.

El cebo era demasiado apetitoso para que el comerciante no lo mordiera, y la perla quedó en poder de miss Torres.

Era la única joya que Genoveva llevaba sobre sí, cuando después de cambiar sus galas nupciales por un sencillo traje de camino, subió, en compañía de su esposo, al automóvil que había de conducirles a la Costa Azul.

IV

Todo era animación y bullicio en el Hotel Regio, el destinado a alojar a los ilustres huéspedes, por breves horas, puesto que el "yath" que les esperaba mecía ya blandamente sobre el mar, con las calderas encendidas, su gallardía y sus esplendides. El gerente de la afamada hospedería, Mr. Sylvain, no daba abasto a todo lo que exigía de él su importante cargo en aquellos momentos. Atender a los últimos perfiles de la instalación; disponer la comida que debía ser servida a los príncipes apenas llegasen; estar amable con los periodistas, que llenaban, lápiz en mano, estancias y pasillos; acudir al teléfono, donde cada cinco minutos preguntaba el Prefecto si habían llegado los viajeros, para acudir a saludarles... y todo esto complicado con el desdichado accidente del cargador, que estaba allí aún, en aquel cuarto, que no tenía salida más que por el salón de Sus Altezas, y del cual ordenaban los médicos que no se moviera hasta que pasase la conmoción... ¡También había sido desgracia!... El pobre hombre era ya muy viejo para el oficio. Por eso, sin duda, al transportar del "yath" al hotel algunos de los baúles del equipaje de miss Torres, le faltaron las fuerzas, y uno de ellos se cayó sobre él, produciéndole una terrible herida en la frente. Y gracias a que ya tenía por lo menos quien le cuidase... Aquella nieta que se había presentado, anegada en lágrimas, al saber lo que le había ocurrido al abuelo...

Pensando en este conflicto iba y venía el buen gerente dando órdenes y tomando disposiciones, cuando un rumor sordo que salía de la multitud que rodeaba al hotel, le hizo asomarse a un balcón, desde el cual oyó distintamente las voces de "ahí están", "ahí están", que lanzaba el gentío.

En efecto, en aquel instante se detenía en la puerta un automóvil, del que descendieron apresuradamente un hombre y una mujer envueltos en guardapolvos, encapuchados y cubiertos los rostros por enormes gafas azules.

Eran ellos, sin duda.

Sylvain, seguido de dos o tres criados, corrió a su encuentro, y entre todos, no sin trabajo, lograron arrancar a los viajeros de las garras de los curiosos que les rodeaban.

Cuando llegaron al salón que les estaba preparado, después de cerrar la puerta, para librarlos de la invasión de sus perseguidores, el gerente murmuró, fundiéndose en excusas:

—Perdone V. A., monseñor... Yo no he podido evitarlo... Había prevenido a la policía para que tomase precauciones...

—Nosotros no somos los príncipes—contestó el hombre de las gafas.

—¿Pues quiénes son ustedes?—preguntó Sylvain.

—Su doncella y su ayuda de cámara—dijo la mujer, despojándose del guardapolvo y la capucha—. Nuestro auto se ha adelantado al suyo, precisamente para esto; es decir, para que nos tomaran por ellos y salvarlos de la curiosidad de la gente...

—Y no habéis podido cumplir con mayor inteligencia vuestro cometido—añadió el verdadero Gustavo de Suevia, apareciendo en otra puerta, seguido de su esposa; porque gracias a vuestro celo hemos llegado hasta aquí sin sufrir la menor molestia.

Sylvain entonces, como buen hostelero, descargó sobre el príncipe auténtico el chaparrón de cumplidos, disculpas y ofrecimientos, que había empezado “a colocar” al ayuda de cámara, tomándole por su señor; pero éste le cortó el discurso, diciéndole que nada necesitaban, que ya habían comido en el camino, y que su único deseo era que les dejaran solos...

Hubo que recoger la “indirecta”, y el gerente, seguido de los servidores del nuevo matrimonio, abandonó el salón.

Al fin iban a hablarse por primera vez sin testigos Gustavo y Genoveva, después de recibida la bendición nupcial...

Sus rostros no parecían indicar los mismos sentimientos. El de él revelaba viva satisfacción; el de ella más bien contrariedad y recelo...

La explicación no era difícil. El triunfaba en toda la línea. Era un potentado, el hombre más rico de la tierra, tal vez. Genoveva le pertenecía. Aquella mujer por la que sentía una inclinación moderada y tranquila, pero inclinación al fin, era suya... ¿Qué faltaba a su felicidad? Ella, por el contrario, consideraba aquel momento como el de su derrota definitiva. Ya estaba casada, pero... ¿había llegado el matrimonio por la senda que debió seguir? ¿Era el amor el que la arrojaba en brazos de aquel hombre? Por su parte quizás, pero por la de él no, seguramente. Gustavo no la quería.

¿Cuándo había tenido para ella el menor arranque de pasión?... Ni de soltero ni de casado, porque durante el largo trayecto que acababan de hacer en automóvil, tampoco había salido de sus labios una sola frase de amor. Se condujo durante él como un acompañante ceremonioso, como un amigo cortés, no como un amante... ¡Y ella había caído en el lazo que siempre procuró evitar!... ¡Había sido víctima de la codicia de un hombre que no buscaba otra cosa que sus millones!... A ella misma le alcanzaba la acusación que dirigía a su esposo, porque echándose en cara la debilidad de haber consentido en dar su mano a quien no la quería, por lo menos como ella deseaba, pensaba para sí: “no he hecho otra cosa que vendeme: dar mi fortuna a cambio de un título de Alteza... ¡Para esto me ha servido ser tan rica!... ¡Qué asco!”

Pensando cada uno de ellos en cosas tan distintas, Genoveva y Gustavo se miraban, sin romper el silencio, como dos adversarios puestos en guardia, que no se deciden a iniciar el ataque, cuando se abrió la puerta y entró Eugenio, el ayuda de cámara, que dirigiéndose a ella, dijo:

—Señora, un hombre solicita hablar un instante con V. A.

—Ya sabes que no queremos recibir a nadie—respondió con impaciencia Gustavo.

—Así se lo he dicho, monseñor; pero insiste en que se trata de un asunto que interesa mucho a la señora...

No tuvo éste tiempo para contestar, porque antes de que lo hiciera, ya estaba en el salón el interesado—un hombre viejo, vivaracho y regordete—, que después de saludar con una profunda reverencia, añadió:

—Perdone V. A. que atropelle la consigna. Es indispensable que mé haga el honor de escucharme un minuto.

—¿Quién es usted?—preguntó Genoveva sorprendida.

—Etienne, el representante aquí de la sociedad Dubois y Compañía, que vendió a V. A. la perla que lleva en la garganta.

En efecto, como ya se ha dicho, la famosa piedra era la única joya que lucía miss Torres sobre su vestido de viaje.

—Creo que mis cuentas con esa sociedad quedaron saldadas.

—Las cuentas sí, pero la perla estuvo mal vendida.

—La pagué al contado.

—No se trata de eso, señora, sino de que nuestro representante en París no estaba autorizado para venderla.

—¿Ni en el doble de su precio?—repuso irónicamente Genoveva.

—Ya sé que V. A. pagó por ella seiscientos mil francos. Esa misma suma vengo a ofrecerle por su rescate.

—No comprendo.

—Se trata de un compromiso de honor para nuestra firma. Esa perla estaba ofrecida a la casa Thompson, de Nueva York, que reclama el cumplimiento de la promesa. Mediaba una escritura...

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?...

—No tanto como nosotros, ciertamente, pero también para V. A. puede ser enojoso ver mezclado su nombre al pleito con que nos amenazan.

—¡Bah!...

—Podíamos llegar a una transacción—insistió el joyero—. La sociedad Dubois y Compañía está dispuesta a pagar a V. A. una prima por rescatar la perla.

Gustavo, que hasta entonces no había intervenido en el diálogo, al oír la proposición de Etienne, dijo, montando en cólera:

—Señor mío, ¿usted se figura que mi mujer comercia en joyas? Salga de aquí ahora mismo.

Como si aquella rabotada de su marido hubiera torcido de repente el curso de su pensamiento, el rostro de Genoveva cambió de expresión al escucharle. ¿Qué idea cruzó por su frente? ¿Fue un proyecto de venganza, inspirado por el despecho?... ¿el deseo de mortificar una vez a quien tanto la mortificaba a ella siempre?... ¿el placer de humillar a quien la humillaba con su desvío?... Algo así debió ser, a juzgar por la sonrisa malévola que se dibujó en sus labios, mientras decía al joyero:

—¿Qué ganancia me ofrecería usted si me decidiera a venderle la perla?

—Pero ¿qué está usted diciendo, amiga mía?—exclamó el príncipe escandalizado.

Genoveva, sin escuchar a su marido, continuó interrogando con la mirada a Etienne, que contestó:

—La sociedad Dubois le ofrece desde ahora veinticinco mil francos... quizás llegará a los cincuenta mil.

—Eso es muy poco—repuso ella.

Gustavo, cada vez con menos disimulado enojo, intervino de nuevo, diciendo:

—Es imposible que esta conversación continúe. No olvide usted quién es...

—Yo no soy más que una americana, y en mi país no desdén nadie hacer un negocio, cuando se presenta la ocasión, contestó miss Torres sin inmutarse.

—Sin embargo—objetó su marido—, hay que tener en cuenta lo que se debe a la posición que se ocupa en el Mundo.

—Eso usted, que descende de reyes—repuso ella con ironía—; yo descendo de jornaleros...

Y con la mal reprimida satisfacción que le producía ver satisfecha su inocente sed de venganza, continuó diciendo a Etienne:

—Pagué por la perla seiscientos mil francos: no la daría en menos de ochocientos mil.

Muy grande debía ser el empeño de los vendedores en recobrar su joya, cuando la proposición, al parecer desatinada, de Genoveva, no fué objeto de la menor protesta por parte del representante de la sociedad Dubois, que se limitó a decir:

—Suplico a la señora princesa que me conceda una hora de plazo. Voy a celebrar en este instante una conferencia telefónica con la gerencia de mi casa en París, y antes de sesenta minutos estaré aquí con la respuesta definitiva.

Y después de saludar de nuevo con una profunda reverencia a ambos esposos, desapareció.

V

—Pero ¿qué capricho es este, Genoveva?—dijo Gustavo, apenas se quedaron solos—. ¿A quién se le ocurre vender esa perla con la que estaba encantada?

—¿Qué quiere usted?... ¡Atavismos!—contestó ella, insistiendo en la idea, por lo mismo que había observado que le desagradó—; cuando se lleva sangre de comerciantes...

Indudablemente buscaba la guerra, y quería aprovechar la ocasión de plantear la primera batalla. Pero Gustavo no estaba del mismo humor y no recogió el guante. Por el contrario, sonriendo benévolamente, repuso:

—No son atavismos, sino genialidades infantiles, que el tiempo se encargará de corregir...

—¿Cree usted que tengo muchos defectos que corregirme?—contestó ella con ironía.

—Hoy está usted muy vidriosa, y se empeña en no interpretar bien mis palabras—dijo él, en tono afectuoso—. Y acercándosele y besándole la mano, como en prenda de paz, añadió:

—Vamos, perdóname.

Era la primera vez que la tuteaba, olvidándose de la costumbre francesa que prescribe el ceremonioso “usted” aun entre esposos.

Con razón dice el proverbio que cuando uno no quiere dos no regañan. Genoveva comprendió que era inútil todo intento de entablar una lucha que el enemigo rehuía. Cortando en seco la conversación, exclamó:

—Me siento muy cansada y voy a retirarme a “mi” cuarto. Buenas noches. Le dejo en libertad... Y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—La libertad para mí sería ahora el peor de los cautiverios—contestó Gustavo—. Dice usted bien. Retirémonos a “nuestro” cuarto.

Y se dispuso a seguirla.

—Perdón—objetó ella, deteniéndole con un ademán—: he dicho “el mío”.

—Por eso precisamente digo yo “el nuestro”—respondió él.

—No es lo mismo.

—¿Cómo? ¿Me niega usted la entrada en esa habitación?...

—Sí—dijo Genoveva energicamente.

La ocasión que parecía perdida se presentaba nuevamente de improviso. La guerra iba a estallar al fin, y esta vez en el terreno en que ella la buscaba.

Gustavo, tomando aquella resistencia por un natural y legítimo rubor de recién casada, exclamó sonriendo:

—Me parece que algún derecho podría invocar...

—¡Ah! Sí; es verdad: soy su mujer—repuso ella con velado sarcasmo—. Me había olvidado de la ceremonia de esta mañana...

—Es usted olvidadiza...

—Tampoco usted debe tener buena memoria.

—¿Por qué?

—Porque no recuerda las condiciones en que pactamos nuestro matrimonio. Mutua estimación, respeto mutuo, nada de amor...

—Aunque así fuera, no creo que eso destruya mi derecho...

—¡Su derecho!... ¡Su derecho!...—repitió Genoveva—. Esa palabra en sus labios no hace mucho honor a la nobleza de su linaje, que tanto le ufana. Ejercitarlo sería en este momento un atropello y una tiranía. Esa puerta no puede ser forzada.

—¿Hay alguna llave para abrirla?

—Sí; una que usted ha despreciado: la llave del amor...

—Cálmese, amiga mía—dijo el príncipe, alarmado por el giro que iba tomando el diálogo—, y hablemos en razón. Entre nosotros hay un mal entendido...

—Pero un mal entendido que empieza ahora—respondió ella—, porque hasta ahora nuestra situación estaba bien clara: es usted quien trata de oscurecerla...

—¿Yo?

—No tratemos de engañarnos más. Nosotros, aunque hayamos tratado de cubrir las apariencias sociales, no hemos celebrado una boda, hemos convenido un negocio...

—¡Por Dios!... ¡Por Dios!...

—¿Le scandaliza el nombre y no le scandaliza el hecho mismo? ¿Por ventura se ha tratado nunca de otra cosa? Usted buscaba mi patrimonio...

—Ese modo de hablar...

—¿Digo algo que no sea cierto?

—En tal caso, usted también...

—No niego que yo también he perseguido la vanidad de ser princesa, de emparentar con reyes...

Genoveva mentía ciertamente, pero para poder acusar a Gustavo necesitaba acusarse a sí misma, y ella sentía verdadera ansia de acusarle, tanto mayor cuanto más afectuoso y sumiso le parecía. Hasta aquel instante jamás había tenido para ella ni una mirada, ni una frase, ni un impulso que revelara amor—el amor que tan feliz la hubiese hecho—, y ahora, no porque hubiese modificado su conducta, sino porque unas horas antes habían cambiado el "sí" en una ceremonia oficial, ya se creía su dueño absoluto, ya se consideraba con derecho a todo, hasta a penetrar en las intimidades de su alcoba... ¡Pues ahora no!... ¡Ahora menos que nunca!... Ni ella se había quedado para eso, ni, llegado el momento de tomar venganza de sus desengaños, había de renunciar a ese placer... ¡No, y mil veces no!

Hubo una pausa, durante la cual ambos se miraron frente a frente: ella, como desafiándole; él, como implorando piedad. Fué Gustavo quien rompió primero el silencio, diciendo:

—Usa usted una crudeza de lenguaje desgarradora; pero lo atribuyo a una exaltación nerviosa que no depende de su voluntad. Tranquílcese, amiga mía, y piense que acaso esté pasando en este instante a nuestro lado la felicidad y no debemos dejar que se nos escape. ¿Por qué no hemos de amarnos? ¿Acaso nosotros no podemos, como todos los nacidos, disfrutar de esa dicha?

—Tal vez no.

—¿Por qué?

—Porque los que somos en otras cosas los predilectos de la fortuna, quizás

seamos los desheredados en ese punto. No se pueden reunir todas las felicidades.

—¿De modo que nosotros debemos renunciar a querernos?

—Sí.

—¿Sospecha usted que nunca llegaré a inspirarle amor?

—No lo sospecho: estoy segura.

—¿Y si yo le dijera que estoy resuelto a poner todo mi empeño en conseguirlo?

—Le contestaría que era inútil.

—¿Puedo saber la causa?

—Que ya es tarde. Hubo un momento en que nuestra boda pudo ser lo que nosotros hubiéramos querido (Genoveva seguía empleando el plural en sus acusaciones): una boda fundada en el amor, o un negocio establecido por la conveniencia. Optamos por lo segundo. Ya no es tiempo de volvernos atrás. Nunca nos preocupamos de conocernos, de estimarnos, de inspirarnos confianza, sino de cambiar dinero por blasones. Ahora por primera vez hablamos de cosa que no sea automóviles y palacios y joyas... Quiso usted una mujer archimillonaria, y ya la tiene, como yo quise un marido que me pusiese al nivel de las reinas, y ya lo tengo también. Contentémonos con esto. Usted para mí, mientras me considere y me respete, será siempre el hombre que se mantiene con lealtad dentro de lo estipulado; pero al tratar de entrar violentamente en esa habitación...

—Seré el marido que ejerceita un derecho indiscutible—interrumpió Gustavo con rapidez.

—¿Y cuándo ha pensado usted en ser mi marido... en la verdadera acepción de la palabra?—repuso ella—. Ahora por primera vez, al verse a solas conmigo. No. Le repito que esa puerta sólo puede abrirse con la llave del corazón, y usted no se ha preocupado nunca del mío. Hasta ignora si le tengo. Al franquear ese umbral brutalmente, sin amor, me trataría peor que a la última de las mujeres. Nosotros no nos conocemos, no hemos intentado siquiera conocernos—esta es la verdad—, y en un desconocido sería imperdonable atrevimiento forzar la puerta del cuarto de una dama...

—Esas no son más que sutilezas—dijo Gustavo.

—Si intentara la menor violencia—contestó Genoveva—, se haría aborrecible a mis ojos.

—Piense usted que soy su marido—insistió él, entre sonriente y severo.

—Conténtese con mi patrimonio. A él vendió su nombre—replicó ella, duramente.

Gustavo de Suevia sintió en pleno rostro el latigazo y se revolvió iracundo y airado.

—¡Eso no, miss Torres!—exclamó—. ¡Basta! Pude sufrir las excentricidades, hijas de su... origen y de su educación; no sufro los insultos. Terminemos de una vez para siempre esta odiosa conversación. Dice usted bien: nosotros no podemos ser más que dos extraños.

—De usted es la culpa. Si nos hubiésemos conocido antes...

—El irla conociendo—exclamó Gustavo con acritud—, la ha hecho perder mucho a mis ojos...

—Pues... mire lo que son las cosas—contestó ella, a quien por misterios incomprensibles de la psicología femenil parecía haber dulcificado la dureza de su esposo—; usted, en cambio, ha ganado bastante a los míos.

VI

Disponíanse a separarse, después de su violenta ruptura, Gustavo y Genoveva, cuando se abrió la puerta del salón y apareció en ella nuevamente Eugenio, el ayuda de cámara, seguido de otro criado del hotel.

—Perdón, monseñor—dijo—; venimos, antes de que se recojan VV. AA., a ver si ya puede moverse un pobre hombre, al que es preciso sacar por aquí.

—¿Qué hombre?—preguntó Genoveva.

—Un cargador del muelle—contestó el otro criado—, que se hirió esta tarde al transportar los baúles. Hubo que hacerle la cura en el mismo cuarto en que ocurrió el accidente, que no tiene salida más que por este salón, y hasta hace poco aun no había vuelto en sí...

—Vayan, vayan—dijo Gustavo.

El criado y Eugenio entraron en la habitación señalada, volviendo a presentarse, momentos después, sosteniendo entre ambos a un viejo, con la cabeza vendada y llenos de manchas de sangre los harapos con que se cubría. Detrás de ellos, y sirviendo también de apoyo al anciano, venía una muchacha, como de diez y ocho a veinte años, de aspecto pobrísimo igualmente, pero cuya suave belleza resistía victoriosa a los ultrajes de su desastrada indumentaria.

—Despacio, abuelito, despacio—dijo la muchacha—; no vaya a desmayarse otra vez.

—Ya me siento fuerte, María Rosa, pierde cuidado—contestó el viejo, aunque bien claro que se veía que los hechos desmentían sus palabras, y que, de no estar sostenido por sus acompañantes, hubiera rodado al suelo.

—¿Cómo va usted a llegar hasta casa en ese estado y a subir la escalera, Dios mío?—volvió a decir la atribulada joven.

—Tú me ayudarás; no te apures.

—¿Se ha hecho usted mucho daño?—interrogó Gustavo, acercándose al herido.

—Ya ve usted—contestó éste—; por poco me mato...

—Llámele monseñor y dígame alteza—murmuró el criado del hotel al oído del anciano.

—¡Ah! ¿Pero son estos señorones esos príncipes de que se cuentan tantas cosas?...

—Los mismos.

Mientras Gustavo hablaba con el cargador, Genoveva se había acercado a la llamada María Rosa y le preguntaba:

—¿Es usted nieta de ese pobre hombre?

—Sí, señora.

—Por lo que veo, le quiere usted mucho.

—Ni él tiene más que a mí ni yo tengo más que él en el Mundo. Si a uno de los dos nos ocurriese una desgracia, el otro se moriría...

—No querrá Dios que eso suceda. Vaya, cuídele bien, y llévelo a casa pronto, en un coche...

El viejo, que oyó la frase, se echó a reír, exclamando:

—¡Je! ¡je!... ¡Un coche!... El oficio de cargar fardos no da para esos lujos. Iremos a pie, aunque tardemos en llegar.

Gustavo se acercó a su ayuda de cámara y le dijo en voz baja:

—Dale cien francos de mi parte.

—No—rectificó Genoveva, que había escuchado a su marido—: dele usted mil.

Eugenio, asombrado de semejante liberalidad, pero acostumbrado a obedecer sin réplica, sacó en el acto la cartera, buscó en ella un billete de la cantidad indicada, y no encontrándolo, contó hasta diez papelitos azules, que puso en manos del viejo, diciéndole:

—Tome usted, de parte de sus altezas.

Santiago, que este era el nombre del cargador, tardó mucho tiempo en darse cuenta—tal asombro le produjo—de que era la realidad y no un sueño lo que presenciaba, y aun después de convencido, por haber contado y recontado los billetes, de que no era víctima de una pesadilla, todavía tardó mucho más tiempo en conseguir que la sorpresa y la alegría le permitieran articular una sola palabra.

—¿Todo esto es para nosotros?—fué lo único que se le ocurrió decir cuando la emoción le permitió hablar—. Mira, María Rosa, mira: ni tú ni yo hemos visto nunca tanto dinero reunido... ¡Y es nuestro!... ¡Somos ricos!... ¡Ricos!... Pero no—añadió de pronto con un rasgo de honrada ingenuidad, acercándose a sus bienhechores y presentándoles los billetes—; esto es demasiado: quiten lo que quieran; con la mitad tengo bastante para comprar un carro que me ayude, porque ya empiezan a faltarme las fuerzas; los años pesan mucho, pero con un carrito aun puedo trabajar con desahogo... Conque, vamos a ver, ¿con cuánto puedo quedarme?... ¿con la mitad?... ¿con menos?...

Gustavo y Genoveva se sonreían ante aquellos extremos del infeliz anciano. La nieta permanecía silenciosa y como aturrida. Miraba a su progenitor y callaba. Sin duda en ella las emociones no se exteriorizaban en la misma forma comunicativa y locuaz que en su abuelo. Este prosiguió:

—¿Por qué callas, María Rosa? Van a creer estos señores que no agradeces el bien que nos hacen. Perdónenla. La pobre es tímida y no se atreve, pero también les bendice como yo. ¿No es verdad, hija mía?

María Rosa floraba, sin responder.

—Ya lo están viendo. Es que las lágrimas no le dejan hablar... ¡Ha sido tan grande la alegría!... Anda, ve y besa la mano a esa señora. Yo no me atrevo. Podría mancharla; pero tú eres más limpia que los chorros del oro... Y si no quieres darte la mano, bésale el vestido, como se besa el manto de la Virgen...

María Rosa intentó cumplir la orden de Santiago, arrodillándose ante Genoveva, que no lo consintió.

—¿Qué hace usted, criatura?—le dijo, levantándola con cariño y procurando ocultar la emoción que sentía.

—Lo que debe—repuso el viejo—; porque usted... es decir, monseñora... es decir... su Alteza... vamos, lo que sea... es nuestra providencia, es nuestra madre, es...

No pudo más. Las impresiones violentas que acababa de recibir, habían agotado sus fuerzas, ya debilitadas por la pérdida de sangre, y cayó sin sentido en brazos de su nieta.

Entre ella y los criados le colocaron en su sillón...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Mi abuelo se muere!...—sollozó María Rosa.

—No tenga usted cuidado, pobre niña—dijo Genoveva, que también corrió en socorro del anciano, haciéndole aire con su abanico. No es más que un vahído, que pasará pronto. ¿Ve usted? Ya vuelve...

Santiago, efectivamente, tardó poco en recobrar el conocimiento. Al abrir los ojos y ver a su lado a Genoveva auxiliándole, trató de levantarse, diciendo:

—Vámonos en seguida, María Rosa; esta señora se está molestando por nosotros que no merecemos...

Genoveva le detuvo, sujetándole por los hombros, y con tono de cariñosa autoridad, revelador de que la escena había acaabado por interesarla y conmovérlela, le dijo con mal fingido enojo:

—Usted hará lo que se le mande, buen hombre. ¡A callar y a obedecer! Y vol-

viéndose a Eugenio, añadió: —Lo que este pobre viejo necesita es alimentarse. Haga usted que le traigan una taza de “consommé” y una copa de Jerez o de Porto. Después habrá que buscar un auto y llevarle a su casa.

Marchóse Eugenio a cumplir la orden, y fué inútil que Santiago protestara nuevamente, diciendo que se encontraba bien y podía marcharse. La misma Genoveva, ayudada por María Rosa, le condujo a un sofá, colocado junto a la chimenea, diciéndole al instalarle:

—Aquí quieto hasta que le traigan el alimento que he pedido y esté en condiciones de irse. Su nieta le hará compañía. No se ocupe de nosotros. Y dejándole allí, al lado de María Rosa, fué a reunirse con Gustavo, que al otro extremo del salón hojeaba los periódicos y revistas, colocados sobre una mesa destinada a este objeto.

La habitación era muy amplia, y por tanto, entre el matrimonio y el grupo que formaban el abuelo y la nieta junto al fuego, había distancia bastante para que unos y otros pudieran hablar entre sí con independencia. Genoveva, al acercarse a Gustavo, le preguntó:

—¿Le molesta a usted lo que he hecho?

—No puede molestarme ver que tiene usted buen corazón—contestó Gustavo, sin levantar los ojos del diario que leía.

—Más vale así—dijo ella. Y se puso también a hojear papeles.

Mientras tanto, nieta y abuelo se entregaban libremente a las expansiones de su alegría.

—¿Tú has visto nada igual, María Rosa?—exclamó el anciano en voz baja, para no ser oído. Esa señora debe ser un ángel...

—Y él también tiene cara de bueno.

—Ya ves lo qué son las cosas. Lo que parecía una desgracia se ha convertido en nuestra felicidad. Por haberme dado este golpe, somos ricos...

—Gracias a Dios que va usted a descansar un poco y a darse mejor vida.

—Los dos nos la daremos. Quién sabe si ahora ese ingrato de Andrés...

El rostro de María Rosa se contrajo al escuchar el nombre de Andrés, y dijo con viveza:

—No me hable usted de él, abuelo.

—Quiero hablar. Después de todo, ¿por qué te dejó?

—Porque sus padres se lo mandaron—volvió a decir ella, como disculpándole.

—No; porque eras pobre—insistió él.

—Y pobre sigo siendo.

—Pobre, ¿con esto?—repuso el cargador, mostrándole los billetes que tenía en la mano—. Tú no te das cuenta de lo que esto es...

—Eso no es nada—contestó ella, tristemente—, comparado con lo que tiene Andrés. ¿No sabe usted que heredó cien mil francos?

En este instante volvió a entrar Eugenio con el “consommé” y el vino. Puso la bandeja sobre una mesita, que colocó delante del viejo, y volvió a marcharse. Gustavo y Genoveva, aunque fingían leer, no perdían de vista a sus protegidos, cuyo diálogo seguían con interés.

—Vamos, tome usted un sorbo—dijo María Rosa, presentando el caldo a su abuelo—: esto le dará fuerzas.

—Cuidado, no rompamos la taza—contestó él, cogiéndole con precaución. Y después de saborear con delicia su contenido, exclamó: ¡qué rico está!

—Ahora, otro sorbo de vino—volvió a decir la muchacha, acercándole la copa—. Esto acabará de reanimarle.

—A ver si se me sube a la cabeza—contestó Santiago—. ¡Hace tanto tiempo que no he bebido!...

—No tenga usted miedo.

El anciano se llevó la copa a los labios, y esta vez su admiración y su sorpresa fueron aun mayores que la anterior...

—¡Caramba!... Sí que está bueno. Sabe a flores. Pruébalo tú también—dijo a la nieta.

—No; yo no...

—Una gota, mujer.

Accedió María Rosa; probó el néctar, y con la misma expresión de complacencia que su abuelo, exclamó:

—Sí que sabe a gloria...

—¡Qué cosas tan buenas toman los ricos!—dijo el anciano.

—Quizás beba Andrés esto mismo—contestó la joven.

—Ahora eres tú quien habla de ese ingrato—replicó Santiago maliciosamente.

—Me acuerdo de él, porque como hablamos de los ricos... Cien mil francos debe ser mucho dinero, ¿no es verdad?

—Mucho, muchísimo—contestó el cargador, por intuición más que por conocimiento práctico, puesto que realmente no lo sabía ni aun lo sospechaba. Cien mil francos deben ser una cosa que tendrán muy pocos. Estos señores quizás los tengan...

Genoveva y Gustavo se sonreían, siguiendo cada vez con mayor interés aquella conversación.

—Entonces, ya no me extraña que Andrés no se haya casado conmigo—dijo María Rosa—. ¿Qué iba a hacer con una pobretona como yo un hombre que tiene esa barbaridad de dinero?

Levantando un momento la vista del periódico, miss Torres dijo en voz baja a su marido:

—Es triste que las pobres no puedan ser amadas.

—Según usted, tampoco pueden serlo las ricas—contestó aquél con ironía.

El contragolpe era certero. Decididamente Gustavo de Suevia no era un adversario despreciable. Ella se mordió los labios y fingió continuar su lectura, mientras Santiago decía a su nieta:

—Si Andrés te quiso cuando era pobre, debió seguir queriéndote aunque cambiase de fortuna.

—El sigue queriéndome. ¡Vaya si me quiere! El otro día nos encontramos en la calle y se puso más rojo que la grana al verme... Es su madre, es la tía Tomasa la que no le deja...

—Pues que se rebele contra la tía Tomasa...

—No se atreve. El ha sido siempre buen hijo. Ya sabe usted que antes de heredar le daba a su madre cuanto ganaba... Además, ella tiene un genio y unos humos... Vamos, abuelito, acabe usted de tomarse el caldo—añadió, presentándole de nuevo la taza, y procurando cambiar de conversación.

—¡Pícaro dinero! El tiene la culpa de todo—dijo el anciano, después de apurar el "consommé" y el Porto—, si tú heredases de repente, como Andrés, verías cómo te buscaba la tía Tomasa...

—¡Toma!... Si heredase, ya lo creo.

—Lo mejor será que no pienses más en él. No te faltará con quien casarte.

—Yo no quiero casarme.

—Pues es preciso que quieras. Yo puedo faltarte el mejor día, y entonces, ¿qué va a ser de ti?

—Me moriré también.

—Vamos, no digas eso... y olvídate de lo que, después de todo, no es más que un capricho.

—No es capricho; es un amor muy grande, sin el cual no puedo vivir. ¿Usted ve este lujo? ¿Usted ve todo lo que tienen estos señorones? Pues si me dieran a escoger, poniendo a un lado toda esta riqueza y a otro a mi Andrés, sin más porvenir que seguir cargando carbón en los barcos, no vacilaría; escogería a Andrés...

Nuevamente volvió Genoveva a interrumpir la supuesta lectura, para decir a su esposo:



—Esa muchacha quiere de veras.

—En el Mundo Viejo eso es frecuente—contestó él.

—Y en el Nuevo también—repuso ella con viveza—, cuando... se sabe inspirar amor. El golpe había sido devuelto con fortuna. Estaba vengada.

—¡Esa condenada tía Tomasa!...—continuó diciendo Santiago. Quisiera tener más millones que pelos en la cabeza, para poder tirárselos a la cara y decirle: "toma este dinero y guárdatelo, pero devuélveme la alegría de mi María Rosa".

—No se apure usted por mí—contestó la muchacha.—Después de todo, no soy tan desgraciada como usted se figura...

—¿Dices que no eres desgraciada y ahora mismo, cuando deberías estar loca de placer por el bien que acaban de hacernos, se te asoman las lágrimas a los ojos?

—Por lo mismo, abuelo, por lo mismo. Mi madre me contaba, cuando yo era pequeña, el cuento de una niña, a quien quería mucho un hada, que la ofreció que iba a darle una cosa, con la que sería feliz siempre... ¿Y sabe usted que le dió? Pues no le dió riquezas ni joyas, ni palacios: le dió unas lágrimas y le dijo: "cuando sufras viértelas y te consolarás. El que puede llorar no es nunca desgraciado." Ahora comprendo lo que el cuento significaba y porqué el recuerdo de Andrés me consuela en vez de entristecerme... ¡Porque lloro cuando pienso en él!...

Genoveva y Gustavo, dominados por la emoción, que en vano trataban de ocultar, habían dejado caer los periódicos que fingían estar leyendo, y seguían con profunda atención las palabras de María Rosa. El segundo, procurando ocultar el rostro a su esposa, se llevó disimuladamente a los ojos el pañuelo.

—¿Tiene usted algo en la vista?—preguntó ella, sonriendo.

—No sé... Quizás la lectura...—respondió él, azorado.

—¿No será... el cuento del hada?—insinuó ella.

—¿Qué quiere usted decir?...

—Que tal vez estamos empezando a conocernos. Y añadió, en un tono dulce y afectuoso, que contrastaba con su anterior aspereza: —Me permitiría usted una... excentricidad.

—No tengo ni aspiro a tener derecho alguno sobre usted.

—Es que creo que en Europa las mujeres no podemos disponer de nada sin licencia de nuestros maridos.

—Yo no soy tal marido, según usted dice.

—Dejémonos de hipocresías. ¿Me autoriza usted?...

—¿A qué?

—A darle forma a lo que los dos estamos pensando...

Antes de que Gustavo tuviese tiempo a contestar, se abrió por tercera vez la puerta del salón y se presentó en ella Etienne, el representante de la casa Dubois.

VII

—Vengo a traer a V. A., como le ofrecí—dijo el joyero—, la contestación que el gerente de nuestra sociedad en París acaba de darme por teléfono. La casa Dubois y Compañía está dispuesta a entregar por la perla la cantidad exigida.

—¿Los ochocientos mil francos?

—Sí, señora.

—Está bien—repuso Genoveva. Y quitándose del cuello, al que la sujetaba una

cadena de platino, la codiciada piedra, y acercándose a María Rosa, la puso en su mano, diciendo: —Tome usted.

—¿Qué es esto?—preguntó ella, asombrada.

—La felicidad. Apríete bien, no vaya a escapársele. Con lo que lleva ahí, puede decirle a esa tía Tomasa: “deme usted a su hijo, porque soy ocho veces más rica que él”.

La muchacha y el viejo se quedaron mudos, insensibles, como petrificados. Era demasiada ventura para que les entrase de repente ni en el corazón ni en la cabeza. Genoveva prosiguió, dirigiéndose a Etienne:

—Este anciano y esta joven son los que venden a la sociedad Duóois la perla que usted compra por su encargo. A nombre de ellos entregará usted en casa de mi banquero los ochocientos mil francos.

Santiago y María Rosa seguían aturdidos; la habitación daba vueltas a su alrededor; las palabras se negaban a salir de sus labios.

Sin darles tiempo a reponerse, y empujándoles hacia la puerta, al mismo tiempo que al joyero, Genoveva dijo, cortando todo comentario:

—Buenas noches. Es mi hora de recogerme y yo soy muy metódica.

En vano intentaron resistir. La puerta se cerró tras ellos violentamente, aunque no sin que antes se oyera la voz del viejo, que decía, recobrada el habla:

—¿Cómo podremos pagarle?...

—Acaso les deba yo a ustedes más que ustedes a mí—contestó miss Torres...

.....
.....
.....
—Amiga mía, tiene usted un corazón muy hermoso—dijo Gustavo—. Adiós. Y se dispuso también a marcharse.

—¿Dónde va usted?—respondió ella, haciendo ademán de detenerle.

—A lamentar no haberla conocido hasta ahora.

—Siempre es tiempo de corregir un error—volvió a decir la generosa sudamericana, con expresión insinuante.

Brilló en la mirada de Gustavo un relámpago de esperanza y de alegría, y corriendo hacia ella, exclamó, empleando por segunda vez el “tú”, destructor de la etiqueta:

—¿Qué quieres darme a entender?...

—Que... ¡ese es “nuestro” cuarto!—contestó Genoveva, bajando los ojos.

Suaviza el cutis.

Alcoholato

Lo mejor para fricción,

Alcoholato. -- Carmen, 10

Opositores Hacienda

La mejor preparación por la rápida y económica. Sencillez en las lecciones. Facilidad en las Prácticas. Seguridades éxito. Estudios por correspondencia en TRES meses justos. Honorarios entre 20 y 10 ptas. mensuales. Alumnos de Academias de Madrid, porque les conviene; lo son también del **LICEO ESPAÑOL, Ap. 378, Cas, 21. Barcelona.**

Trainta años.

A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua **La Fior de Oro**, y evitaréis las canas, la caspa y la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

ULTIMOS LIBROS DE Luis Esteso

La lujuria (novela) . . . 3 pts.
La vanagloria (id.) . . . 3 »
La que todo lo dió . . . 1 »
Cartas amorosas (100 cartas) 2 »
Cancionero de chistes . . 2 »
Chistes y cuplés . . . 1 »
En todas las librerías y L. Santos, Carretas, 9, Madrid

Para mayor facilidad en la recepción de la correspondencia, dirijansenos las cartas en la siguiente forma:

Prensa Popular.

Apartado 8.008

MADRID (8)

MIS MEJORES CUENTOS

Interesantísima serie compuesta de

CATORCE VOLUMENES

en los cuales están coleccionadas las mejores novelas breves de los ilustres escritores abajo mencionados, los cuales, en el prólogo-autógrafo que precede a cada volumen, declaran que las nove-tas que en el libro se publican es-lán reputadas por ellos como las mejores de todas las suyas.

Linares Rivas. - Pardo Bazán. - Zamacois. - Carrere. - López de Haro. - Belda. - Ortega Manilla. - Colodkin. - Cristóbal de Castro. - Villarespesa. - Vargas Vila. - Répide. - Sanchez-Weilana.



PRECIO DEL TOMO: 3,50 PESETAS

Van publicados: **Manuel Linares Rivas, Villarespesa, López de Haro, Zamacois, Pedro de Répide, Carrere, Belda y Pardo Bazán.**

Pídanse en esta Administración y en las principales librerías.

Treinta y dos años de éxito creciente.



DESAPARECERA LA PALIDEZ
que empobrece su rostro si
usa para combatir la Debilidad
general, Neurastenia, y todos
los desarreglos nerviosos el
famoso jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Rogamos a nuestros corresponsales
y suscriptores que nos remitan la co-
rrespondencia en la siguiente forma:

Sello

PRENSA POPULAR

Apartado 172

MADRID (8)

NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL

**VENCE de modo integral y permanente las en-
fermedades de estómago, hígado e intestinos.**



El notable médico de San Fernan-
do (Cádiz), Doctor José González
Camoyano, dice en su informe:

*NEUTRÁCIDO ESPAÑOL es el producto más
original en la terapéutica del aparato
digestivo y sus efectos sobre los más
variados casos en que lo he ensayado,
me inducen a calificar este específico
de muy científico y nuevo por su com-
posición y maravilloso por sus efectos.*

Envíete Vd. del concesionario exclusivo, DON JOSÉ MARÍN GALÁN, ARJONA, 4.º BVL
un notabilísimo y lujoso folleto, que le será remitido gratuitamente.